

«Bush cae en los sondeos hasta un nuevo mínimo»

Lloyd Burko, corresponsal en París

Lloyd se sacude las mantas de encima y corre hasta la puerta, vestido con camiseta y calzoncillos blancos y calcetines negros. Procura calmarse agarrado al pomo y cierra los ojos. Un aire helado se cuela por la rendija inferior de la puerta; encoge los dedos de los pies. El rellano está en silencio. Sólo se oye un repiqueteo de tacones en el piso de arriba, un postigo que gime al otro lado del patio y su propia respiración, que produce un silbido en la nariz al exhalar.

Casi imperceptible, le llega la voz de una mujer. Cierra con fuerza los párpados, como si así pudiera aumentar el volumen, pero no logra distinguir más que un murmullo: cháchara de desayuno entre la mujer y el hombre del apartamento que hay al otro lado del rellano. Hasta que, de pronto, se abre la puerta; la voz de la mujer se oye más fuerte, el suelo de madera cruje: se acerca. Lloyd se aparta rápidamente de la puerta, abre la ventana que da al patio y se instala allí a contemplar distraídamente su rincón de París.

La mujer llama suavemente a la puerta con los nudillos.

—Entra —responde él—. No hace falta que llames.

Y su esposa entra en el apartamento por primera vez desde la noche anterior.

Lloyd no se vuelve para dar la cara a Eileen, sino que se limita a apretar aún más las rodillas desnudas contra la barandilla de hierro. Eileen le alisa el pelo gris de la nuca. Él da un respingo, sorprendido por la caricia.

—Soy yo —dice la mujer.

Lloyd sonríe con los ojos entornados y los labios entreabiertos. Toma aire como si fuera a decir algo, pero no tiene nada que contestar. Su esposa retira la mano.

Cuando por fin Lloyd se da la vuelta para mirarla, la encuentra sentada frente al caj3n en el que guardan las fotos antiguas. Lleva un paño de cocina colgado al hombro y se seca los dedos húmedos de patatas peladas, lavavajillas, cebolla picada, con olor a naftalina, a tierra de las macetas de la ventana. Eileen es una mujer que todo lo toca, todo lo saborea, todo lo curioseas. Se pone las gafas que utiliza para leer.

— Qu  buscas ahí? —pregunta él.

—Una foto mía en Vermont, cuando era niña. Quiero ense arsela a Didier. —Se levanta con un álbum de fotos entre las manos y se dirige hacia la puerta, donde se detiene un momento antes de salir—. Ya tienes planes para la cena,  verdad?

—Mmm... —Lloyd le señala el álbum con la cabeza—. Vayamos por partes —dice.

— Qu  quieres decir?

— Te vas a mudar al piso de enfrente?

—No.

—Por mí, puedes.

Lloyd nunca ha soportado la amistad que su mujer tiene con Didier, el hombre que vive al otro lado del rellano. Ella aún no ha puesto punto final a esa otra faceta de su vida, la sexual, como ha hecho Lloyd. Tiene dieciocho años menos que él, una diferencia de edad que antes a él le resultaba incitante, pero que ahora, cumplidos los setenta, lo aleja de ella como un lago interpuesto entre ambos. Le lanza un beso y regresa a su lugar en la ventana.

Cruje el suelo de madera del rellano. La puerta de Didier se abre y se cierra. Eileen ni siquiera llama antes de entrar.

Lloyd echa un vistazo al teléfono. Hace semanas que no vende ni un solo artículo y necesita dinero. Marca el número del peri3dico de Roma.

Un becario lo pone con el redactor jefe, Craig Menzies, un hombre que por todo se angustia y está perdiendo el pelo. Es él quien decide gran parte de lo que aparece en cada edición. Sea la hora que sea, Menzies está siempre en su despacho. En su vida no hay lugar para nada más que las noticias.

—¿Puedes hablar un momento?

—Estoy bastante liado. ¿Por qué no me envías un correo electrónico?

—No puedo. Tengo el ordenador averiado. —El problema es que no tiene ordenador. Lloyd todavía utiliza una máquina de escribir electrónica, cosecha de 1993—. Puedo imprimirlo y te lo envío por fax.

—Explícame de qué se trata, pero, por favor, arregla el ordenador si puedes.

—Sí. «Llevar el ordenador a reparar». Ya lo he apuntado. —Araña la página del bloc, como si quisiera arrancarle una idea mejor que la que hay allí garabateada—. ¿Os interesa un artículo sobre los hortelanos? Son un manjar francés, un ave. Una especie de pinzón, creo, cuya venta es ilegal aquí. Lo meten en una jaula, le sacan los ojos para que no distinga la noche del día y le dan de comer a todas horas. Cuando está cebado, lo rocían de coñac y lo cocinan. Fue la última comida de Mitterrand.

—Ajá —responde Menzies cautelosamente—. Lo siento, pero ¿dónde está la noticia?

—No es una noticia. Es un artículo.

—¿No tienes otra cosa?

Lloyd araña nuevamente el bloc.

—¿Qué tal algo de economía, sobre el vino?: las ventas de rosado superan por primera vez a las de blanco en Francia.

—¿Es eso cierto?

—Creo que sí. Aún tengo que comprobarlo.

—¿No tienes nada más apropiado?

—¿No os interesa lo del hortelano?

—No creo que tengamos espacio. Hoy es un día muy apretado. Llevamos cuatro páginas de noticias.

Todas las demás publicaciones para las que Lloyd trabajaba como colaborador externo han prescindido ya de él. Ahora sospecha que el periódico, su último recurso, el último que aún le daba trabajo, también quiere quitárselo de encima.

—Ya sabes que tenemos problemas económicos, Lloyd. Sólo compramos artículos de colaboradores externos cuando son la repanocha. Eso no significa que los tuyos no sean buenos. Lo que quiero decir es que ahora Kathleen piensa sólo en términos empresariales. Terrorismo, la nuclearización de Irán, el resurgir de Rusia... ese tipo de cosas. Todo lo demás lo sacamos de las agencias. Es cuestión de dinero. No tiene nada que ver contigo.

Lloyd cuelga el teléfono y regresa a la ventana; contempla los bloques de pisos del 6e arrondissement: muros blancos manchados por el goteo de la lluvia y los escapes de las tuberías; desconchones; postigos cerrados a cal y canto; abajo, patios atestados de bicicletas de los residentes, manillares y pedales entrelazados en un amasijo; arriba, tejados de cinc, tubos de chimeneas con sombrero que rasgan el cielo con su humo blanco.

Se dirige hasta la puerta cerrada y allí permanece inmóvil, escuchando. Puede que, en un arrebato, Eileen vuelva de casa de Didier. A fin de cuentas, su casa es ésta, por el amor de Dios.

Cuando llega la hora de cenar, empieza a dar golpes por la casa, estampa la puerta de la entrada contra la percha de los abrigos y finge un ataque de tos al salir. Todo para asegurarse de que Eileen, desde el otro lado del rellano, lo oye marchar a cumplir con sus supuestos planes para la cena, aunque no existan tales planes. Sencillamente, se niega a dejarse invitar por ella y por Didier a otra cena de caridad.

Camina sin rumbo por el bulevar de Montparnasse para matar el tiempo. Compra una caja de *calissons* para regalársela a su hija Charlotte, y vuelve a casa. Pone ahora el mismo empeño en ser

sigiloso que antes había puesto en armar estrépito. Al entrar en el piso, levanta la puerta de las bisagras para ahogar el chirrido. La cierra suavemente con un clic. No enciende la luz del techo: Eileen podría verla por debajo de la puerta. Entra a tuestas en la cocina y deja la puerta de la nevera abierta de par en par para iluminarse. Abre una lata de garbanzos y come directamente de ella con un tenedor. Al hacerlo, atisba su mano derecha, moteada de manchas de la edad. Se pasa el tenedor a la mano izquierda y mete la decrepita mano derecha en el bolsillo del pantalón, donde acaricia una delgada cartera de cuero.

Ha estado muchas veces sin blanca. Siempre ha gastado más de lo que ha ahorrado: en trajes a medida en Jermyn Street; en cajas de Chateau Gloria, cosecha de 1971; en boletos de carreras de caballos con los que casi consigue ganar dinero; en vacaciones improvisadas en Brasil, con mujeres también improvisadas; en taxis a todas partes. Toma otro bocado de garbanzos con el tenedor. Sal. Necesitan sal. Arroja un pellizco de sal en la lata.

Cuando amanece, se despierta cubierto por varias capas de mantas y colchas. Ya no enciende la calefacción si Eileen no está. Hoy le hará una visita a Charlotte, aunque la idea tampoco le entusiasma. Se da la vuelta en la cama y coloca el cuerpo sobre el otro hombro, como para darle la espalda a Charlotte y pensar en su hijo, Jérôme. Un muchacho encantador. Se gira otra vez. Tan desvelado y tan cansado. Vago. Se ha vuelto un vago. ¿Cómo ha sido?

Hace un gran esfuerzo y retira las mantas. Tiritando, en ropa interior y con calcetines, se acerca hasta el escritorio. Repasa minuciosamente un montón de viejos números de teléfono: cientos de pedazos de papel grapados, pegados con cinta adhesiva o con pegamento. Es demasiado temprano para llamar a nadie. Sonríe al ver los nombres de antiguos colegas: el director que lo echó entre insultos por perderse los primeros disturbios de París en el 68, porque estaba borracho en la bañera con una amiga. O el jefe de agencia que lo envió a Lisboa para cubrir el golpe del año 74, a

pesar de que él no sabía ni una palabra de portugués. O el reportero al que le entró un ataque de risa con Lloyd en una conferencia de prensa de Giscard d'Estaing, hasta que la secretaria de prensa los expulsó con una monumental reprimenda. ¿Cuántos de esos viejos números de teléfono funcionan todavía?

Las cortinas de la sala han ido iluminándose gradualmente por el exterior. Las retira. No se ven ni el sol ni las nubes, sólo edificios. Al menos Eileen no es consciente de su situación económica. Si lo fuera, intentaría ayudarlo. Y entonces, ¿qué le quedaría?

Abre la ventana, inspira con fuerza, aprieta las rodillas contra la barandilla. La *grandeur* de París: su altura y anchura y dureza y suavidad, su simetría perfecta, la voluntad humana impuesta sobre la piedra, sobre el césped rasurado, sobre los rosales díscolos. Ese París está en otro lugar. El suyo es más reducido, y sólo los incluye a él, a esa ventana y al suelo de madera que cruje al otro lado del rellano.

Poco antes de las nueve marcha hacia el norte por los jardines de Luxemburgo. Al llegar junto al Palacio de Justicia, descansa. ¿Ya te fallan las fuerzas? Maldito holgazán. Se obliga a continuar la marcha, cruza el Sena, sube por la calle Montorgueil, atraviesa los Grands Boulevards.

Por suerte la tienda de Charlotte está en la parte baja de la calle Rochechouart. La tienda aún no está abierta, así que va dando un paseo hasta un café y, después, al llegar a la puerta cambia de idea: no hay que tirar el dinero en lujos. Contempla el escaparate de la tienda de su hija que está lleno de sombreros hechos a mano, diseñados por Charlotte y fabricados por un equipo de muchachas ataviadas con delantales de lino de cintura alta y con cofia, como las doncellas del siglo XVIII.

Su hija llega más tarde de lo que reza en el letrero que indica el horario comercial.

—*Oui?* —dice al ver a su padre. Sólo le habla en francés.

—Estaba admirando tu escaparate —dice él—. Está precioso. Todo tan bien colocado.

Ella abre la tienda y entra.

—¿Por qué llevas corbata? ¿Vas a algún sitio?

—Aquí. Venía a verte a ti. —Le da la caja de dulces—. Toma, te he traído unos *calissons*.

—Yo no como dulces.

—Creía que te encantaban.

—A mí, no, a Brigitte. —Se refiere a su madre, la segunda ex esposa de Lloyd.

—¿Puedes dárselos tú?

—No aceptará nada que venga de ti.

—Siempre te enfadas conmigo, Charlie.

Ella se aleja hacia el otro extremo de la tienda y se pone a quitar el polvo con tanta energía como si estuviera en una pelea. Entra un cliente y Charlotte esboza una sonrisa. Lloyd se aparta hasta un rincón. El cliente se va y Charlotte reemprende su limpieza pugilística.

—¿He hecho algo malo? —pregunta Lloyd.

—Dios mío, eres un egoísta.

Él mira subrepticamente en la trastienda.

—No han llegado todavía —dice ella con brusquedad.

—¿Quiénes?

—Las jóvenes.

—¿Tus trabajadoras? ¿Por qué me dices eso?

—Has venido demasiado pronto. Has calculado mal la hora.

Charlotte sostiene que Lloyd ha perseguido siempre a cuantas mujeres le ha presentado, empezando por su mejor amiga del instituto, Nathalie, que una vez fue con ellos a pasar las vacaciones en Antibes y perdió la parte superior del bikini con las olas. Charlotte pilló a Lloyd mirándola fijamente. Gracias a Dios, nunca se enteró de que al final la cosa entre Nathalie y su padre fue mucho más lejos.

Pero eso ya se terminó. Por fin se acabó. Al mirar hacia atrás, parece ahora algo absurdo, un montón de esfuerzos en vano. La

libido. Ha sido el tirano de sus días, lo que lo arrancó de la comodidad de los Estados Unidos ya hace un montón de años y lo trajo a la pecaminosa Europa en busca de aventuras y conquistas, lo que lo llevó a casarse cuatro veces, tropezar cien veces más, lo distrajo y lo degradó y casi lo ha arruinado. Y sin embargo ahora, por fortuna, se ha acabado, después de que el deseo fuera disminuyendo estos últimos años para irse con el mismo misterio como había llegado. Por primera vez desde que tenía doce años, Lloyd observa el mundo sin nada que lo motive. Y se siente del todo perdido.

—¿De verdad que no te gustan los dulces? —dice.

—Yo no te los he pedido.

—Es cierto. —Sonríe Lloyd, triste—. De todos modos, ¿puedo hacer algo por ti?

—¿Para qué?

—Para ayudar.

—No quiero que me ayudes.

—Ya —dice él—. Vale, de acuerdo. —Asiente con la cabeza, deja escapar un suspiro y se dirige hacia la puerta.

Charlotte sale detrás de él. Lloyd alarga la mano para tocarle el brazo, pero su hija lo esquiva y le devuelve la caja de *calissons*.

—No me los comeré.

Al volver a casa, repasa de nuevo los números de teléfono y acaba llamando a un viejo colega reportero, Ken Lazzarino, que ahora trabaja para una revista en Manhattan. Intercambian noticias y se ponen nostálgicos un rato, pero hay un trasfondo que recorre toda la conversación: ambos saben que Lloyd quiere algo pero es incapaz de pedirlo. Al fin, se obliga a hacerlo.

—¿Y si os envío algo?

—Nunca has escrito para nosotros, Lloyd.

—Ya lo sé. Sólo quería saber si...

—Yo ahora me ocupo de la estrategia de la revista en Internet. No tengo voz ni voto sobre los contenidos.

—¿Podrías ponerme en contacto con alguien?

Después de oír distintas variaciones del no, Lloyd cuelga.

Abre otra lata de garbanzos y al darla por acabada prueba a hablar otra vez con Menzies en el periódico.

—¿Qué tal si hoy me encargo de elaborar el resumen económico europeo?

—Ya lo hace Hardy Benjamin.

—Sé que os resulta un problema que no me funcione lo del correo electrónico. Aun así, os lo puedo enviar por fax. Es lo mismo.

—Pues no, no lo es. Pero, mira, ya te llamaré yo cuando necesitemos algo de París. O llámame tú si tienes algo que de verdad sea noticia.

Lloyd abre una revista de actualidad francesa con la esperanza de robar alguna idea para un artículo. Pasa las páginas con impaciencia; no reconoce la mitad de los nombres. ¿Quién demonios es el tipo ese de la foto? Antes sabía todo lo que pasaba en el país. En las conferencias de prensa, se sentaba en la primera fila con el brazo en alto, y al término de las mismas, se apresuraba a lanzar preguntas desde la banda. En las recepciones de las embajadas, se acercaba discretamente al embajador, con una sonrisa y la libreta asomando por el bolsillo de la chaqueta. En la actualidad, si asiste alguna vez a una conferencia de prensa, se sienta en la última fila y garabatea cuatro palabras entre cabezadas. Las invitaciones con membrete se amontonan sin siquiera ser abiertas en la mesita de centro. Las exclusivas, grandes y pequeñas, le dan la espalda. Aún le queda bastante cerebro como para escribir los artículos más evidentes, los que puede escribir incluso borracho, con los párpados caídos, en calcetines y ropa interior, a máquina. Y, a veces, los escribe.

Arroja la revista de actualidad sobre la silla que Eileen dejó junto a la cómoda. ¿Para qué intentarlo? Llama a su hijo al móvil.

—¿Te despierto? —pregunta en francés, la lengua que usan para hablarse.

Jérôme cubre el micrófono del teléfono y tose.

—Creía que tal vez podría invitarte a comer más tarde —dice Lloyd—. ¿No deberías estar en el ministerio a esta hora?

Pero Jérôme tiene el día libre, así que quedan en verse en un bistró en la zona de la plaza de Clichy, que está cerca de donde vive el joven, aunque para Lloyd la ubicación exacta del domicilio de Jérôme es algo tan misterioso como lo son los detalles de su empleo en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. El muchacho es muy reservado.

Lloyd llega temprano al bistró para comprobar los precios de la carta. Saca la cartera para contar el dinero y después elige una mesa.

Cuando entra Jérôme, Lloyd se levanta y sonrío.

—Casi se me había olvidado cuánto te quiero.

Jérôme se sienta rápidamente, como si estuviera a punto de quedar eliminado en el juego de las sillas.

—¡Qué raro eres!

—Tienes razón.

Jérôme despliega la servilleta de una sacudida y se pasa la mano entre los mechones lacios de cabello hasta enmarañarlos. Su madre, Françoise, una actriz de teatro con los dedos manchados de nicotina, tenía la misma costumbre de alborotarse el pelo, lo que la hacía aún más atractiva hasta que, años más tarde, cuando ya no trabajaba, ese gesto sólo la hacía parecer más desaliñada. Jérôme, con veintiocho años, presenta ya un aspecto harapiento, vestido como si comprara en tiendas de ropa usada, con un bléiser cuyas mangas no le alcanzan a cubrir el antebrazo y una camisa de rayadillo demasiado ceñida, con un librillo de papel de fumar asomando por un desgarrón del bolsillo de la pechera.

—Déjame que te compre una camisa —le dice Lloyd, en un impulso—. Necesitas una camisa adecuada. Iremos a Hilditch & Key, en Rivoli. Tomaremos un taxi. Venga. —Ha sido un simple arrebató: no se puede permitir comprarle una camisa nueva. Pero Jérôme declina la oferta.

Lloyd alarga la mano por encima de la mesa y le coge al joven el pulgar.

—Hacía siglos que no nos veíamos. Y vivimos en la misma ciudad, por el amor de Dios.

Jérôme retira el pulgar y examina la carta. Se decide por una ensalada con queso de cabra y nueces.

—Pide algo sólido —protesta Lloyd—. ¡Cómete un filete! —Sonríe, pero desliza la mirada por la carta hasta el precio del filete. Aprieta los dedos de los pies.

—La ensalada me vale —replica Jérôme.

Lloyd se pide también la ensalada, que es lo más barato de la carta, y devora el plato y todo el pan que hay en la cesta. Demasiados garbanzos y poca carne. Jérôme, mientras tanto, picotea el queso de cabra e ignora la lechuga.

En tono medio de burla, medio provocador, Lloyd le dice en inglés:

—¡Cómete la verdura, muchacho!

Jérôme arruga la cara en un mueca de incomprensión y Lloyd se lo tiene que traducir al francés. Hubo un tiempo en el que Jérôme sabía inglés, pero Lloyd se marchó de casa cuando el niño tenía seis años y, después, éste tuvo pocas oportunidades de practicarlo. Qué raro le resulta a Lloyd vislumbrar los rasgos de su propio padre, natural de Ohio, fallecido hace tiempo, en el rostro de ese muchacho francés. Aparte del cabello, el parecido es asombroso: la nariz chata y los ojos castaños y neblinosos. Incluso la costumbre de Jérôme de decir en apenas tres palabras lo que requeriría una veintena. Aunque eso sí, las palabras de Jérôme están en otra lengua. Una idea turbadora cruza por la mente de Lloyd: algún día su hijo morirá. Es un hecho, lisa y llanamente, pero nunca antes se le había ocurrido.

—Vamos Jérôme —dice Lloyd—, a ver si somos capaces de hacer que esa camarera tan guapa venga hasta aquí. —Levanta el brazo para llamar su atención—. Es muy guapa, ¿verdad? Te conseguiré su número de teléfono —dice—. ¿Quieres?

Jérôme le tira del brazo para que lo baje.

—No hace falta —le corta el joven, que se apresura a liar un cigarrillo.

Hace meses que se vieron por última vez, y la razón no tarda en hacerse evidente: se aprecian, pero tienen poco que decirse. ¿Qué sabe Lloyd de Jérôme? La mayor parte se basa en los primeros años del muchacho: que era tímido, que siempre leía tebeos de Lucky Luke, que quería ser dibujante de cómics. Lloyd le decía que era mejor que se hiciera periodista. «El mejor oficio del mundo», afirmaba.

—Bueno —dice Lloyd—, ¿todavía dibujas?

—¿Dibujar?

—Aquellas viñetas.

—Hace años que no hago nada de eso.

—Haz un boceto de mi cara. En una servilleta.

Jérôme baja la vista y niega con la cabeza.

La comida concluirá dentro de poco. Lloyd tiene que preguntarle aquello para lo que quería verlo. Llega el último momento. En lugar de eso, le suelta:

—¿Dónde vives ahora?

—Me voy a mudar a un sitio nuevo. Ya te lo diré cuando esté instalado.

—¿Te apetece que demos un paseo?

—Voy en la dirección opuesta.

Se dan la mano.

—Gracias —dice Lloyd— por quedar conmigo.

Durante todo el camino de vuelta a casa, se maldice a sí mismo. A la altura de Les Halles, se detiene en la acera para contar el dinero que le queda en la cartera. Un joven montado en ciclomotor se le acerca por la misma acera tocando la bocina como un poseso.

—¿Dónde crees que tengo que meterme? —le grita Lloyd—
¿Dónde quieres que me meta?

El chico disminuye la velocidad y empieza a insultarlo; al pasar, la moto le roza la pierna.

—¡Gilipollas de mierda! —exclama Lloyd. No le ha preguntado a Jérôme lo que quería saber.

En el apartamento, Eileen le dice:

—Ojalá lo trajeras aquí algún día. Me encantaría cocinarle algo. ¿No sería maravilloso que se pasara de vez en cuando?

—Él tiene su propia vida.

—¿En el ministerio?

—Supongo. No lo sé. Cuando se lo pregunto, sólo obtengo ese vago... —Lloyd abre la mano escrutadoramente, se observa la palma, y no encuentra la palabra—. No lo sé. Se lo puedes preguntar tú misma.

—Vale, pero antes tienes que traerlo aquí. ¿Tiene novia?

—No sé.

—No hace falta que te me pongas arisco.

—No era mi intención, pero ¿cómo quieres que lo sepa, Eileen?

—Debe de ser interesante trabajar en un ministerio.

—Por lo que yo sé, podría estar haciendo fotocopias.

—No. Estoy segura de que no.

—Aunque, si quieres que te sea sincero, me parece un poco raro.

—¿Qué es lo raro?

Duda por unos instantes.

—Que sabiendo a lo que me dedico, sabiendo de dónde sale el dinero que ha ayudado a criarlo, que ha pagado su infancia... Sabe bien que yo soy periodista y, aun así, jamás me ha contado ni un solo cuchicheo, ni una pizca de información del ministerio. Tampoco es una tragedia, pero creo que alguna vez tendría que haberme contado algo.

—Quizá no tenga ninguna información que darte.

—Yo sé cómo funcionan esos sitios. Él sabe cosas que a mí podrían serme útiles.

—Es probable que no le permitan hablar con periodistas.

—A nadie le está permitido, pero lo hacen de todos modos. Se llama filtración.

—Ya sé cómo se llama.

—Lo siento, no quería hablarte así. —Le toca el brazo—. Está bien —dice—. Ya estoy más tranquilo.

A la mañana siguiente, Lloyd se levanta irritado. Durante el sueño, algo lo ha puesto furioso, pero no recuerda qué. Cuando Eileen viene a desayunar, le dice que dé media vuelta y que se vaya a comer a casa de Didier. Ella se va, y él hubiera preferido que Eileen se quedara, que hubiera dormido allí esa noche. Abre la cartera. Ya sabe cuánto dinero hay, pero lo cuenta de todos modos otra vez. Si no gana algo pronto, tendrá que dejar el piso. Si se muda, Eileen no se irá con él.

Sin ella, ¿adónde puede ir? Necesita dinero; necesita algo sobre lo que escribir.

—Es la segunda vez que te despierto. ¿A qué hora te levantas normalmente? —le pregunta por teléfono a Jérôme—. Escucha, tendríamos que vernos otra vez.

Jérôme llega al café y le da la mano a su padre. Tal y como había ensayado, Lloyd le dice:

—Siento importunarte de nuevo, pero hay algo importante que tengo que hablar contigo. Es cuestión de trabajo.

—¿Conmigo?

—Es una minucia. Estoy escribiendo un artículo sobre la política exterior francesa. Es urgente. Tengo que entregarlo hoy, esta tarde.

Jérôme se reclina sobre el respaldo de la silla.

—No sé nada que pueda serte útil.

—Aún no has oído mi pregunta.

—De verdad que no sé nada.

—¿Qué es lo que haces en el ministerio? —dice Lloyd, y después intenta contener el mal genio—. Quiero decir, ni siquiera

has oído lo que tengo que preguntarte. Debes de llevar allí tres años. No dejas que vaya a visitarte. Tampoco me cuentas nada. ¿Es que acaso eres el chico de la limpieza y no te atreves a decírmelo? —Suelta una carcajada—. Tienes una mesa de trabajo, ¿no es cierto?

—Sí.

—De acuerdo. Vamos a jugar a las adivinanzas. Tú me sigues contestando con una sola palabra y yo acabo averiguándolo. Tu mesa ¿está cerca o lejos del despacho del ministro?

Jérôme se incomoda y cambia de postura en la silla.

—No sé, a una distancia media.

—Eso significa que está cerca.

—No tan cerca.

—Por el amor de Dios, esto es como sacar una muela. Escúchame. Necesito una historia. Déjame que escarbe en tu cerebro por un minuto.

—Creía que tenías una pregunta concreta.

—¿No tienes tú alguna idea? Ayer te invité a comer —y añade—: Estoy bromeando.

—No puedo decirte nada.

—No voy a citar tu nombre. Y tampoco te estoy pidiendo que entres allí a robar ningún documento ni nada parecido.

—¿Qué tipo de información quieres?

—No estoy seguro. Algo sobre terrorismo, o sobre Irak, o Israel.

—No sé —dice Jérôme en voz baja, hablando para sus rodillas.

Cualquiera de los otros hijos de Lloyd ya se habría librado de él. Sólo Jérôme le es leal. Sus tres hijas son como el propio Lloyd: siempre buscan algo, siempre insinúan algo. Jérôme, sin embargo, no contraataca. Es el único que le es fiel. Y da muestra de ello cuando dice:

—Si acaso, lo de la fuerza de Gaza.

—¿Qué fuerza de Gaza? —Lloyd se anima.

—No sé todos los detalles.

—Pero espera, espera. ¿En el ministerio están hablando de enviar una fuerza a Gaza?

—Creo que eso es lo que he oído.

—¿Lo crees?

—Eso es lo que creo.

A Lloyd se le enciende la mirada.

—Tal vez tengamos algo. Quizás.

Saca una libreta y anota rápidamente lo que acaba de oír. Empieza a sonsacarle más información, a tirarle de la lengua, a pellizcarlo, a tirar de la cuerda. De repente, Lloyd siente un escalofrío: justamente eso es lo que se le da mejor. Pero Jérôme empieza a cerrarse. Demasiado tarde. Ya se ha abierto, y lo está soltando todo. Adelante.

—No puedes usar nada de lo que te he dicho.

—No te va a causar ningún problema.

—La información es mía.

—No es tuya. No es más que información. No le pertenece a nadie. Existe, con independencia de ti. Ahora no puedo fingir que no lo sé. ¿Quieres que me arrastre a tus pies? Te he pedido un poco de ayuda. No veo por qué es tan difícil. Lo siento —concluye Lloyd—, pero ya me has dado lo que quería.

Vuelve a casa corriendo. Tal vez pueda entregar el artículo a tiempo. Telefona a Menzies. Maldita sea, piensa Lloyd mientras le pasan la llamada.

—Bueno, amigo —dice—, tengo una historia para ti.

Menzies escucha todo lo que tiene que decirle.

—Espera un momento. ¿Francia propone el envío de una fuerza de pacificación de la ONU a Gaza? Israel jamás lo aceptará. Jamás se consumará.

—¿Estás seguro? En cualquier caso, yo sólo informo de que los franceses han lanzado la idea. Lo que venga después es otro asunto.

—Necesitamos que todo esté confirmado.

—Puedo conseguirlo.

—Faltan cuatro horas para el cierre. Escúchame: consigue toda la información que puedas y vuelve a llamar dentro de noventa minutos.

Lloyd cuelga el teléfono. Echa un vistazo a sus números de contacto. Ni siquiera conoce bien la situación actual en Gaza. Marca el número de móvil de Jérôme, pero el teléfono suena y suena. Encuentra un número del Ministerio de Asuntos Exteriores. Quizás pueda obtener más detalles sin revelar que su fuente ha sido Jérôme. Claro que podrá. Ha hecho cosas parecidas millones de veces. Telefonea a la oficina de prensa del ministerio, y da gracias por primera vez en la vida por que Françoise le cambiara el apellido a Jérôme y le pusiera el de ella. Nadie vinculará el nombre de Lloyd Burko con Jérôme.

Lloyd le hace unas cuantas preguntas introductorias a la funcionaria que responde al teléfono. Pero ésta parece más interesada en obtener información sobre él que en darla, así que Lloyd pone fin rápidamente a la conversación. En cuanto cuelga, suena el teléfono. Es Menzies.

—Ahora eres tú quien me llama —dice Lloyd con un deje triunfal.

—He comentado tu historia en la reunión que hemos tenido en el periódico esta tarde y a Kathleen le ha entusiasmado —dice, refiriéndose a la redactora jefe—. Ya sabes que no es bueno que Kathleen se entusiasme.

—Así pues, ¿me la compras?

—Tendremos que verla antes. Personalmente, me gustaría publicarla.

—¿En cuántas palabras estáis pensando?

—Todas las que necesites, siempre que la cosa sea sólida. Como te decía, tendremos que ver antes el artículo. ¿Crees que podría aparecer en portada?

Si el artículo sale en portada, tiene que saltar también a las páginas interiores, lo que significa que tendrá que ser más largo. Y más largo significa también más dinero.

—En primera plana —dice Lloyd—. Está clarísimo, en primera plana.

—Lo vas a bordar, ¿verdad?

—Acabo de hablar con el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Y?

—Más de lo mismo.

—¡Has logrado confirmarlo! Increíble. No se ha oído hablar de ello en ninguna parte.

Cuando cuelgan, Lloyd camina arriba y abajo por el piso, mira por la ventana, araña el vidrio, busca en su memoria alguna fuente que le pueda ser útil. No tiene tiempo. Lo único que puede hacer es ponerse a trabajar con lo que tiene: ingeniárselas para crear una historia con una sola fuente, inflarla con información de contexto y rezar para que cuele. Se sienta frente a la máquina de escribir y teclea una historia que, cuando tira del papel para extraerlo, tal vez sea la más endeble que jamás haya intentado vender. Deja la hoja a un lado. Ni una sola cita. Nada.

Introduce otra hoja en blanco y comienza de nuevo, desde el principio, a escribir el artículo tal y como debería ser: citas enteras, fechas, número de tropas, disputas dentro del gabinete, hostilidades transatlánticas. Conoce bien su oficio: todo se expresa en términos de posibilidades, propuestas, globos lanzados al aire. Todas las fuentes inventadas desean «permanecer en el anonimato», o son «altos cargos próximos a...», o se trata de «expertos en la materia». No se cita a nadie por su nombre. Mil cuatrocientas palabras. Calcula cuánto le reportará eso. Lo bastante para pagar el alquiler: un respiro. Lo bastante para comprarle a Jérôme una camisa decente. Para sacar a Eileen a tomar unas copas.

Lee el artículo con el bolígrafo rojo en la mano para cortar todo lo que sea discutible. Eso acorta el texto, así que improvisa

un par de citas repetitivas de «un alto cargo de Washington». Lo vuelve a pasar a máquina, hace algunas correcciones y lo envía por fax desde un locutorio que hay en su calle, un poco más abajo. Sube otra vez al apartamento dando saltos y se detiene en el rellano, sin resuello, intentando sonreír. «¡Maldito holgazán!», exclama para sí. Llama a la puerta de Didier.

—Eileen, ¿estás ahí?

Entra en casa, se sirve un trago de Tanqueray y se pasa la ginebra por la boca dejando que le queme las mejillas. Nunca antes había falsificado una historia. «Me siento bien —se dice—. ¡Debería haberlo hecho hace años! ¡Me he ahorrado un montón de trabajo!» Se sirve otro chorro de ginebra. Espera la inevitable llamada.

Suena el teléfono.

—Hay que ajustar las fuentes —dice Menzies.

—¿Ajustarlas? ¿Cómo?

—Palabras de Kathleen. Por cierto, eso de que lo envíes por fax es una pesadilla cuando vamos tan justos de tiempo. Hemos tenido que volver a escribirlo todo. De verdad, tienes que hacerte arreglar el correo electrónico.

Eso es buena señal. Menzies cuenta con que habrá más artículos en el futuro.

—Tienes razón. Llevaré el ordenador a arreglar de inmediato.

—Y las fuentes. Tienen que ser más claras. Como en el tercer párrafo, la cita suena extraña. No podemos identificar a una persona diciendo que es alguien «que conoce el informe» si antes no hemos mencionado ningún informe.

—¿Se me ha colado eso? Pensaba quitarlo.

Hacen ajustes; repasan el resto de la historia; después de ponerse de acuerdo, cuelgan. Lloyd toma otro trago de ginebra. El teléfono vuelve a sonar. Menzies aún no está contento.

—Esto no remite directamente a ninguna persona ni institución. ¿No podríamos poner «el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia»?

—No veo por qué no basta con poner «un alto cargo».

—En el meollo de la historia, tan sólo tenemos una fuente anónima. Es demasiado vago para salir en primera plana.

—¿Qué quieres decir con que es vago? Siempre estáis publicando este mismo tipo de noticias.

—Creo que me dijiste que el Ministerio de Exteriores lo había confirmado.

—Y así es.

—¿No podemos poner eso?

—No estoy dispuesto a quemar a mi fuente de información.

—Se nos acaba el tiempo.

—No quiero que escribáis ni siquiera las palabras «de Francia» junto a la fuente. Decid simplemente «un alto cargo».

—Si no aceptas que la expresión sea más precisa, no podremos publicarlo. Lo siento. Tengo a Kathleen aquí, y eso es lo que me está diciendo. Y eso supondría tirar la portada a la basura, lo que, teniendo en cuenta que estamos a punto de cerrar la edición, supone un verdadero infierno, como tú ya sabes. Tenemos que decidirlo ya. ¿No puedes ceder en esto? —Espera—. ¿Lloyd?

—Una fuente del Ministerio de Exteriores. Pon eso.

—¿Y es sólido?

—Sí.

—A mí ya me vale.

Pero no a Kathleen, según parece. Ésta llama a un contacto en París, que se burla del artículo. Menzies vuelve a llamarlo.

—La fuente de Kathleen es un alto cargo del gabinete de prensa del ministerio. ¿La tuya es mejor?

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—Te digo que lo es. No puedo decirte de quién se trata.

—Me estoy peleando con Kathleen por esto. No dudo de tu fuente, pero, para mi tranquilidad, dame alguna pista. No para publicarla.

—No puedo.

—Entonces, hasta aquí hemos llegado. Lo siento.

Lloyd se queda un momento en silencio.

—Alguien de la Oficina de Oriente Medio, ¿de acuerdo? Es una buena fuente: del lado de los políticos, no de prensa.

Menzies transmite la información a Kathleen, quien pone a Lloyd por el altavoz del teléfono.

—¿Y el tipo es solvente?

—Mucho.

—Así pues, ¿ya lo has usado antes?

—No.

—Pero ¿podemos fiarnos de él?

—Sí.

—Entre tú y yo, ¿quién es?

Duda unos instantes.

—No veo por qué tienes que saberlo. —Pero claro que lo ve, por supuesto—. Es mi hijo.

Las risas se oyen por el altavoz.

—¿Hablas en serio?

—Trabaja en el ministerio.

—No me entusiasma demasiado citar a miembros de tu familia —dice Kathleen—. Aun así, a esta hora, o lo ponemos, o sacamos el artículo de agencia sobre el desplome de Bush en los índices de popularidad, algo que, francamente, a estas alturas ya no es noticia de primera plana.

Menzies sugiere:

—Podríamos enchufar todo el tinglado del quinto aniversario del 11 de septiembre, que ya está casi listo.

—No. El aniversario es el lunes, así que quiero reservarlo para el fin de semana. —Se calla un instante—. De acuerdo. Adelante con lo de Lloyd.

Lloyd ya está borracho cuando Eileen regresa a casa. Ha dejado a Didier con sus amigos en un club de jazz y llama a la puerta.

¿Por qué no entra directamente? Pero no va a sacar el tema ahora. Corre a buscar otro vaso y le sirve una ginebra antes de que pueda rechazarla.

—Asegúrate de comprar el diario mañana —le dice—. En primera plana.

Ella le frota la rodilla.

—Felicidades, cariño. ¿Cuándo fue la última vez que pasó?

—Con la administración Roosevelt, probablemente.

—¿Franklin o Teddy Roosevelt?

—Teddy, por supuesto. —Tira de ella para acercarla, con cierta brusquedad, y la besa. No es un beso suave como los que suelen darse, sino apasionado.

Eileen lo aparta.

—Basta.

—Bueno, ¿y qué pasaría si reapareciera tu esposo?

—No me hagas sentir ruin.

—Es sólo una broma. No te lo tomes a mal. Yo no lo hago.

—Lloyd le pellizca la mejilla—. Te quiero.

Sin decir palabra, Eileen regresa al otro lado del rellano. Lloyd se tumba en la cama y murmulla borracho:

—¡En la puta primera plana!

A la mañana siguiente Eileen lo despierta con delicadeza y le lleva el diario a la cama.

—Aquí hace un frío que pela —dice—. Voy a poner el café.

Él se incorpora y se sienta en la cama.

—No he visto tu artículo, cariño —dice su mujer—. ¿No tenía que salir hoy?

Lloyd les echa un vistazo a los titulares de la portada: «Blair dejará el poder en doce meses»; «El Pentágono prohíbe la crueldad en los interrogatorios de terroristas»; «Polémica por las bodas gay en los Estados Unidos»; «Australia llora la muerte de su “Cazador de Cocodrilos”», y por último, «Bush cae en los sondeos hasta un nuevo mínimo».

Su historia sobre Gaza no ha conseguido la portada. Hojea las páginas interiores. No la encuentra por ninguna parte. Entre maldiciones, llama a Roma. Es temprano, pero Menzies ya está en su mesa.

—¿Qué ha pasado con mi artículo? —le pregunta Lloyd en tono exigente.

—Lo siento. No pudimos usarlo. Ese agente de prensa amigo de Kathleen volvió a llamar y lo negó todo. Dijo que nos iba a joder vivos si lo publicábamos, que emitirían una nota de protesta oficial.

—¿Un plumilla amigo de Kathleen se caga en mi artículo y vosotros os lo creéis? De todas formas, ¿por qué tiene Kathleen que volver a informarse sobre mi trabajo? Ya os lo dije, mi hijo trabaja en el ministerio.

—Bueno, también eso es un poco raro. Kathleen le mencionó el nombre de tu hijo a su amigo.

—¿Identificó a mi fuente de información? ¿Os habéis vuelto locos?

—No, no. Espera. No dijo en ningún momento que él fuera la fuente.

—No le va a costar mucho imaginárselo, ¡hostias!

—Déjame acabar, Lloyd. Déjame que acabe. Allí no trabaja ningún Jérôme Burko.

—¡Imbéciles! Lleva el apellido de soltera de su madre.

—¡Vaya!

Lloyd tiene que avisar a su hijo, para que tenga tiempo de inventarse una excusa. Marca el número de su móvil, pero no contesta. Tal vez haya ido a trabajar temprano, para variar. ¡Jesús, qué desastre! Lloyd telefona a la centralita del ministerio.

La operadora le dice:

—Estoy consultando la lista de todas las personas que trabajan en este edificio. El nombre no aparece.

Lloyd baja corriendo hasta el bulevar Montparnasse, levanta el brazo para parar un taxi, luego lo baja. Espera dubitativo sobre

el bordillo, apretándose con fuerza la cartera, que está más escuálida que nunca. Después de todo, si ha de ir a la ruina, así es como debería hacerlo. Para un taxi.

En el edificio del ministerio, los guardas de seguridad no lo dejan entrar. Repite el nombre de su hijo, insiste en que se trata de una urgencia familiar. No tiene ningún efecto. Enseña su carné de prensa, pero caducó el 31 de diciembre de 2005. Espera fuera, mientras llama al móvil de Jérôme. Salen funcionarios a hacer una pausa para fumar un pitillo. Busca entre ellos a su hijo. Pregunta si alguien de los de allí trabaja en la Oficina para el Norte de África y Oriente Medio.

—Recuerdo al muchacho —dice una mujer—. Estuvo aquí en prácticas.

—Eso ya lo sé, pero ¿en qué sección está ahora?

—No está en ninguna sección. No llegamos a contratarlo. Creo que hizo los exámenes, pero no aprobó la parte de lenguas. —La mujer entorna los ojos y sonrío—. Creía que era mentira que su padre fuera estadounidense.

—¿Qué quiere decir?

—Que su inglés era terrible.

La mujer extrae una dirección antigua de Jérôme y se la entrega a Lloyd. Éste toma el metro hasta la estación de Château Rouge y encuentra el edificio: un montón de yeso decadente con la puerta principal rota. Inspecciona la lista de residentes que hay en cada uno de los patios interiores en busca del apellido de Jérôme. No lo encuentra. Por fin, descubre un apellido inesperado: el suyo. En el timbre pone: «Jérôme Burko».

Lloyd aprieta el botón, pero no obtiene respuesta. Los residentes entran y salen. Se sienta en un extremo del patio y contempla las ventanas con los postigos echados.

Una hora más tarde, aparece Jérôme por la puerta principal, pero no ve inmediatamente a su padre. Abre el buzón y, revisando la propaganda, echa a andar callejón abajo, tambaleándose.

Lloyd pronuncia el nombre de su hijo y Jérôme le espeta:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo siento —dice Lloyd, desesperado—. Siento presentarme así. —Nunca le ha hablado a su hijo de ese modo, con deferencia—. Es sólo que he venido a verte, ¿vale?

—¿Por lo del artículo?

—No, no. No tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿para qué?

—¿Te importa que subamos? Tengo frío. Llevo un rato aquí fuera. —Se le escapa una carcajada—. Ya soy viejo, ¿sabes? Tal vez no lo parezca, pero...

—Tú no eres viejo.

—Lo soy; sí que lo soy. —Le tiende la mano y sonrío. Jérôme no se acerca—. Últimamente he estado pensando en la familia.

—¿Qué familia?

—¿Me dejas entrar, Jérôme? Si no te importa. Tengo las manos heladas. —Se las frota y sopla sobre ellas—. He tenido una idea. Espero que no te ofendas por esto. Estaba pensando que tal vez, si tú quieres, tal vez podría ayudarte un poco con el inglés. Si practicas regularmente, lo cogerás. Te lo garantizo.

Jérôme se ruboriza.

—¿Qué quieres decir? Mi inglés está bien. Lo aprendí de ti.

—No tuviste muchas oportunidades de escucharlo.

—No necesito clases. En cualquier caso, ¿cuándo quieres que las hagamos? El ministerio no me va a dar ese tiempo.

Para demostrarle lo que quiere decirle, Lloyd se pasa al inglés y habla intencionadamente rápido:

—Estoy tentado de decirte lo que sé, hijo mío, pero no quiero hacerte sentir mal. ¿Qué haces viviendo en esta cloaca? Dios mío, es increíble cuánto te pareces a mi padre. Se me hace tan extraño volver a verlo. Y sé que no tienes trabajo. He tenido cuatro hijos, y eres el único que todavía quiere hablar conmigo.

Jérôme no ha entendido ni una palabra. Tembloroso por la humillación, responde en francés:

—¿Cómo quieres que entienda lo que dices? Estás hablando muy rápido. Esto es ridículo.

Lloyd también se pasa al francés:

—Quería decirte algo. Preguntarte algo. ¿Sabes? Estoy pensando en jubilarme —dice—. Debo de haber hecho, ¿cuántos?, un artículo al día desde que tenía veintidós años. Y ahora no puedo improvisar ni una sola idea. Ni una sola. Ya no tengo ni idea de lo que ocurre. Ni siquiera el periódico quiere publicarme nada. Era mi último recurso. ¿Lo sabías? Nadie quiere publicar mis artículos. Creo que voy a dejar el piso, Jérôme. No puedo pagarlo. No debería estar allí. Pero, no sé. Aún no he tomado una decisión. Por eso te pregunto, supongo. Intento pensar algo. ¿Qué debo hacer? ¿Tú qué dices? ¿Qué opinas de todo esto? —Está haciendo un gran esfuerzo para decir lo que está diciendo—. ¿Tú qué me aconsejarías que hiciera, hijo?

Jérôme abre la puerta del edificio.

—Pasa —dice—. Te quedas a vivir conmigo.